

Monseñor Vicente Zazpe.

TODO HOMBRE TIENE VOCACIÓN DE RESUCITADO

(Mensaje Pascual, 1974)

La prueba de la sangre no se discute: se impone. La Cruz es la prueba del amor ofrecido y del amor rechazado. Es también prueba y contraprueba: de la inmensidad del amor de Dios que lo lleva a morir y de la inmensidad del pecado que planifica la muerte de Dios. Toda la historia de la salvación se mueve en torno a la dialéctica del amor que Dios entrega y que el hombre rechaza.

La Cruz y la Resurrección están en la cresta de esa larga historia. La Cruz pregona, acumula y proyecta todos los gestos de ese amor, siempre impetuoso, siempre constante, nunca cansado. La Resurrección ratifica y asegura la verdad de su frescura, de su eficacia y de su actualidad. En la Cruz y la Resurrección el amor y la muerte están conectados de tal modo que no puede comprenderse uno sin el otro.

El amor lleva a la muerte y la muerte expresa el amor; y de ese amor la Resurrección es signo y garantía. Ese amor no es conquista del hombre; ni un logro propio; tampoco un resultado, un movimiento ascensional, una llegada a lo divino. Es don que gratuitamente se ofrece; no está al término de un mérito, sino al comienzo de una miseria. Es un amor que no nos pone solamente frente a lo divino sino a Alguien que desde su divinidad lo ofrece y lo entrega. No es el Dios de la filosofía sino el de la Revelación y los profetas; no es el Dios de la lejanía, sino el de la Encarnación; no es el Dios de la condena, sino el de la salvación.

En Navidad Cristo es el amor hecho carne: en el Calvario, el amor hecho sangre y en la Resurrección el amor hecho luz. Para el creyente Cristo resucitado es toda la Revelación que puede hacerse de Dios y del hombre; la última y definitiva Revelación. Después de El no tenemos, ni podemos esperar otra. Desde El surge una existencia nueva y una ética nueva. Después de Cristo el creyente no puede cavilar sobre Dios y el hombre, solo le queda la contemplación, la profundización, la actualización y el seguimiento.

En Cristo Dios y el hombre no se manifiestan como en una imagen o un símbolo, sino como en la verdad. En El, Dios y el hombre no son una hipótesis probable, sino la única realidad. Por eso Cristo es Verdad y Vida, Luz y Camino; por eso es siempre contemporáneo, siempre noticia y novedad.

Si el proceso condenándolo a muerte revela la miseria abismal del hombre, la Resurrección manifiesta la capacidad de grandeza del ser humano.

La vida de un hombre cualquiera tiene posibilidades inmensas de transformación que sólo a la luz de Cristo resucitado pueden sospecharse y

realizarse. Su resurrección tiene sentido pleno en referencia a la vida del hombre.

Si pudiéramos desmenuzar todo el contenido de la Resurrección, quedarían modificadas para siempre y de una manera radical muchas afirmaciones de la antropología, de la sicología profunda, la sociología de comportamientos, ciertos enfoques de educación y hasta algunos planes políticos de desarrollo, porque todo hombre tiene vocación de resucitado; de plenitud, de madurez, de recuperación.

Toda vida humana –aun la más miserable o empobrecida- está proyectada en el diseño de Cristo resucitado y cuando la vida es bautizada está equipada con el diseño mismo.

La vida de Cristo resucitado está destinada al hombre; no para que comience después de la muerte, sino desde su bautismo. Su objetivo es divinizar la persona y fraternizar las relaciones. Creer en la Pascua es creer en todas las dimensiones del misterio. Desear felices pascuas es aceptar todas las exigencias de una vida nueva; de un hombre nuevo y de una sociedad nueva.

Bibliografía utilizada: Zazpe, Vicente F. “Temas actuales”, Mensaje Pascual 1974. Editorial Bonum (1976)